

# LA HERMENÉUTICA ANALÓGICA: HACIA UN NUEVO ORDEN DE RACIONALIDAD.

CÍRCULO DE HERMENEUTICA/  
DIALOGOS CON MAURICIO BEUCHOT



Alejandro Gutiérrez Robles  
(compilador)



PLAZA Y VALDES

P Y V

EDITORES

Diseño de portada: Plaza y Valdés, S. A. de C.V.

Primera edición: octubre del 2000

**La hermenéutica analógica:  
Hacia un nuevo orden de racionalidad.  
Círculo de hermenéutica/Diálogos con Mauricio Beuchot**

© Alejandro Gutiérrez Robles  
© Plaza y Valdés, S. A. de C.V.  
© Universidad Intercontinental

Derechos exclusivos de edición reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

Editado en México por Plaza y Valdés, S. A. de C. V.  
Manuel María Contreras núm. 73, Col. San Rafael,  
México, D.F. Tel. 5705-56-46

ISBN: 968-856-815-5

Impreso en México

## ANALOGÍA Y BARROCO

Samuel Arriarán  
Universidad Pedagógica Nacional  
México

Algo que es urgente en la época actual, llamada de posmodernidad, es rescatar el lenguaje simbólico, emblemático y analógico que nos ofrece como paradigma el barroco. Alguien que ha querido resaltar la necesidad de esa analogicidad en la cultura, como modelo de racionalidad, ha sido Mauricio Beuchot. Trataré de ofrecerle algunas reflexiones (unas de ellas críticas) tomadas a partir de esa analogicidad que se da en el barroco, para contrastarla con la que él propone, y así obtener algunos elementos que entrarán en conflicto con su propuesta y otros que la apoyarán.

El lenguaje emblemático, que tuvo su origen en el Renacimiento en su afán de recuperar la Antigüedad, estuvo vivo no sólo en la intelectualidad novohispana, sino en toda la cultura cotidiana, incluso en la religiosidad popular (a través de los jesuitas). Claro que originalmente el emblematismo tiene que ver sobre todo con la tradición del hermetismo (figuras y símbolos aparentemente ininteligibles como los jeroglíficos o pinturas simbólicas que escondían verdades divinas). Pero este lenguaje, al darse en un contexto histórico donde prevaleció un fuerte proceso de mestizaje cultural, lo que produjo fue una situación de interpenetración de códigos opuestos o

distintos. Por eso es que para Mauricio Beuchot la analogía puede definirse también como un pensamiento de coparticipación, que trata de hacer un proceso de hibridización o mestizaje “sin fusionarse o devorarse mutuamente, sino guardando sus proporciones”.<sup>1</sup>

Es claro que durante el siglo XVII recién podía darse una situación analógica, al haberse producido un cambio en la política colonial. Como se sabe, antes se dio una política de tabla rasa donde se trataba por medios violentos de la extirpación de los ídolos y la cultura del Otro. En tal situación era imposible que fructificara una hermenéutica analógica, ya que sólo se permitía la destrucción simbólica, es decir, una hermenéutica unívoca, imperialista, impuesta en función de la utopía apocalíptica de los franciscanos.

Los emblemas, en la medida en que posibilitaban combinar ideas nuevas dentro de los cánones establecidos por la política de la Compañía de Jesús en el siglo XVII, permitieron la circulación de textos analógicos o formas de vida sincréticas antes prohibidos. No sólo articulaban unidades pertenecientes a sistemas semióticos diferentes (de tipo icónico, verbal o musical), sino que permitían textos cuya correspondencia aparecía postulada por el simple hecho de su concurrencia. Los movimientos del alma, los del cuerpo y los de los astros seguían los mismos principios como manifestaciones de una escondida armonía. Estas correspondencias abarcaron el plano social, natural y divino.

A través del uso del lenguaje emblemático se daba una imagen manejable de la realidad. Por un lado, el orden social jerárquico se justificaba por medio de analogías naturales y teológicas. Por otro lado, ese mismo lenguaje permitía la elaboración de textos que se convertían gradualmente en instrumentos críticos, ya que inauguraban una hermenéutica de tipo aperturista, es decir, un espíritu de aceptación ante todo tipo de estímulos intelectuales o de conocimientos que cuestionaban la representación teocéntrica del univer-

<sup>1</sup> Mauricio Beuchot, “Eugenio Triás y Hermes: límites, analogía y mestizaje”, en José Rubén Sanabria y Mauricio Beuchot (comps.), *Algunas perspectivas de la filosofía actual en México*, México, Editorial Universidad Iberoamericana, 1997, p. 272.

so. Dado el excesivo celo de la Iglesia y dado el hecho de que los intelectuales novohispanos tampoco podían reducirse a mantener concepciones obsoletas, el uso del lenguaje emblemático fue una opción que les permitió eludir temporalmente la censura oscilando entre el saber científico y la contemplación estética.

Como dice un historiador de la ciencia, esto nos obliga a hacer una distinción en la recepción y difusión del hermetismo en la Nueva España, ya que mientras unos aceptaban sus postulados científicos, otros (los poetas, pintores y otros artistas) adoptaban muchos de los ricos conceptos teóricos, sobre todo astrológicos y alquímicos, plasmándolos en sus obras:

La forma en que el hermetismo neoplatónico mezclaba y combinaba los conceptos científicos y mágicos con los estéticos, históricos y religiosos despertó el interés de muchos novohispanos cultos, Sor Juana entre ellos. Y este interés, que no era científico, sino estético, histórico e incluso si se desea arqueológico, se vio alimentado por las obras de autores como Kircher, Valeriano, Cartario y otros muchos, para quienes —muy en la lógica del neoplatonismo clásico— el saber científico y la contemplación estética del cosmos eran una sola e inseparable forma de conocimiento, y la única verdadera.<sup>2</sup>

No es casual que los emblemas que cautivaron el imaginario de la intelectualidad novohispana constituyeran una mezcla fantástica de símbolos diversos y opuestos, como, por ejemplo, dioses egipcios junto con representaciones griegas, romanas, aztecas, etcétera. No había oposición entre paganismo y catolicismo, ya que todas las religiones, al igual que las tradiciones culturales, se combinaban de modo bastante creativo. Esta combinación se justificaba en todo caso en la actitud de tolerancia (que no duró mucho tiempo) hacia la posibilidad de que el afán por descubrir las verdades divinas no po-

<sup>2</sup> Elias Trabulse, "Sor Juana Inés de la Cruz y la ciencia perdida", en Margarita Peña (comp.), *Cuadernos de Sor Juana*, México, UNAM, 1995, p. 19.

día contraponerse con la acumulación de conocimientos científicos. El ansia del conocimiento parecía ilusoriamente compatible con la glorificación de Dios.

El modo de pensar que combinaba el paganismo con el cristianismo reúne varias tradiciones de origen mágico y positivista (astronomía, física, alquimia, etc.). En esta interpretación, donde todo es posible y nada se excluye, se encuentra también una perspectiva hermenéutica que podríamos llamar de “analogicidad”, que permite hermanar filosofías distintas como las de Platón y Aristóteles.

Tal como sugiere Mauricio Beuchot, dicha perspectiva hermenéutica se puede encontrar en épocas distintas como “rejuego de la imaginación creadora y de la razón estructurante, de lo imaginario y lo conceptual, inclusive de lo emocional y de lo intelectual [...] del Verbo y el Espíritu. Por eso se pasa de una mística sensual y visionaria a una mística especulativa y sapiencial”.<sup>3</sup> En ese juego del Verbo y el Espíritu se opera la síntesis de las fuentes del conocimiento simbólico. Ya no se da por una parte la imaginación y por otra lo inteligible, como tampoco se da la metáfora por un lado y la metonimia por el otro.

Dicho con otras palabras, lo importante no son solamente los conceptos racionales, sino la forma poética que se da a las metáforas científicas y la extraordinaria manera en que se logra, a veces, amalgamar tradiciones culturales distintas. Sin tratar de llevar la historia de la hermenéutica analógica hasta la edad antigua (como parece ser el intento de M. Beuchot, vinculando al dios pagano Hermes con Cristo), voy a tratar de referirme sólo al siglo XVII novohispano, donde, a mi modo de ver, se percibe claramente cómo se amalgaman distintas tradiciones (lo platónico y lo aristotélico, la magia y la ciencia, los símbolos de la herejía y los símbolos ortodoxos, lo onírico y lo cotidiano, los mitos indígenas y el simbolismo cristiano, etcétera).

Lo que me hace ver el siglo XVII novohispano, el más centrado en el barroco, es que se puede decir que es un siglo de la analogía, o

<sup>3</sup> “Eugenio Trías y ...”, *op. cit.*, p. 279.

para ser más preciso, de la *metaforización analógica*, igual que lo que decía Eugenio Trías respecto a la Baja Edad Media. Me apoyaré en la idea de Elías Trabulse de que la última palabra en el conocimiento del mundo físico no pertenece ya a la razón sino a la imaginación, no a la ecuación sino al símbolo, no a la lógica sino a la poesía. Esta idea me servirá para fundamentar mi crítica a la concepción hermenéutica de M. Beuchot, en el sentido de que acentúa demasiado los aspectos formales, como las demostraciones, deducciones y semejanzas (lo metonímico), en vez de los contenidos y las diferencias (lo metafórico).

Así, cuestiono la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot intentando argumentar sobre la posibilidad de rescatar la cultura del barroco como una racionalidad simbólica (opuesta a la racionalidad moderna puramente técnica y formalista). Este rescate se debe a que en el momento actual, conocido como el posmodernismo, existe una situación parecida. Igual que el barroco fue una reacción contra la modernidad renacentista, lo mismo parece suceder con el posmodernismo como reacción a la modernidad ilustrada. Si se puede rescatar la cultura del barroco entonces podemos intentar desarrollar una hermenéutica analógica en las condiciones actuales. Pero el problema es: ¿cómo? ¿A través de la metáfora o de la metonimia?, ¿de las diferencias o de las semejanzas?, ¿del particularismo o del universalismo? Resulta difícil estar de acuerdo con el tipo de hermenéutica de M. Beuchot, que como también ha visto Raúl Alcalá corre el riesgo de derivar en una concepción positivista ("Me parece que no se aleja demasiado de la concepción de la racionalidad mantenida por el positivismo, en tanto apela a un formalismo; atiende más a las diferencias que a las semejanzas y pretende mantener un universalismo").<sup>4</sup>

A mi modo de ver, la posibilidad de recuperar el simbolismo del barroco no significa optar necesariamente por el particularismo o el universalismo (lo cual equivale a postular un dilema falso, como si

<sup>4</sup> Raúl Alcalá, "La hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot", ponencia presentada en el Seminario de Hermenéutica, UIC, 1997.

se tratara de retornar a un paraíso perdido), sino revalorar un *ethos* (en vez de un *logos*), es decir, la idea de una voluntad de forma o del mestizaje como apertura a los símbolos del Otro (de la imaginación, de los mitos y sueños; de otra racionalidad fundada en intuiciones y pasiones y no sólo en el intelecto y en la lógica).

Ya Arnold Hauser llamaba la atención señalando que existen notables analogías entre el mundo posrenacentista y el mundo actual. En ambas situaciones hay la misma separación consciente del hombre respecto a la naturaleza. Los síntomas de la crisis que sacudió al mundo en el siglo XVII se manifiestan de forma agudizada en el presente: la desintegración de la economía y de la sociedad, la mecanización de la vida, la cosificación de la cultura, la alienación del individuo, la institucionalización de las relaciones humanas, la atomización de las funciones y el sentimiento de inseguridad general. Todos estos síntomas dominan el panorama del presente y, como es sabido, el mismo sentimiento total da a luz formas artísticas análogas. También Gustav René Hocke ve analogías con el mundo actual:

El hombre del siglo XX se encuentra frente al enigma de la historia y de la sociedad, enigma doblemente resentido del hecho de su poder subjetivo de concebir toda especie de "perfecciones". En los comienzos del siglo XVI aparece igualmente una antinomia generadora de tensiones, pero no el sujeto y la historia sino el sujeto y la naturaleza [...] En ambos casos se asiste, al lado de la valorización del fracaso, del suicidio, de la locura, a la exaltación de "lo subjetivo", del yo conocido y sufriente; el mundo se siente como una contradicción trágica.<sup>5</sup>

Cierto es que al hablar del barroco y la posmodernidad se puede caer en muchas confusiones. La principal es la de ver sólo sus aspectos negativos (enajenación, subjetivismo radical, irracionalismo,

<sup>5</sup> Gustav René Hocke, *El mundo como laberinto. El manierismo en el arte europeo de 1520 a 1650 y en el actual*, Madrid, Guadarrama, 1961, p. 51.

etcétera). Pero también se pueden encontrar elementos positivos como la posibilidad de desarrollar una *racionalidad simbólico-analógica*. Esto es justamente lo que se puede rescatar para enfrentarnos a la actual destrucción ocasionada por la racionalidad de la sola técnica.

América Latina siempre ha sufrido la destrucción de sus símbolos por la racionalidad tecnológica. De ahí el constante estado de dislocamiento y de crisis. Esto significa conciencia de ser otra cosa, de ser un criollo. Lo que caracteriza nuestro problema de identidad es la metamorfosis, un ser siempre cambiante, inestable, en constante hacerse. Es evidente que no podemos eludir una realidad de máscaras y disfraces. Por eso estamos atrapados en un lenguaje metafórico-analógico con una moral de ambigüedad y equívocidad. Nuestro problema de identidad es entonces un problema de metaforización barroca: de apariencias, una cosa por otra. El pavo real o el axolote son metáforas del disimulo; impresionan por los sentidos, conmueven y estimulan nuestra conducta cotidiana. Pero la metaforización analógica no significa solamente adornar la realidad sino también un esfuerzo de aprehensión.

En el lenguaje emblemático novohispano esa aprehensión se caracterizó por un trabajo sumamente imaginativo y poético, a través de la fusión de imágenes como la Santa Trinidad y Felipe II, los aztecas junto con los griegos y los egipcios, el habla y los mitos de la cultura española y de la cultura indígena. Claro que para algunos autores este tipo de fusiones no siempre puede resultar creativo, liberador o sublime, sino algo monstruoso o siniestro. Por ejemplo, para un teórico de la estética como Wolfgang Kayser, lo barroco se asemeja más a lo grotesco:

Lo grotesco es una estructura. Podríamos designar su índole con un giro que se nos ha insinuado con harta frecuencia: lo grotesco es el mundo distanciado [...] Para que así sea, deben revelarse de pronto como extrañas y siniestras las cosas que antes nos eran conocidas y familiares. Es, pues, nuestro mundo el que ha sufrido un cambio. La brusquedad y la sorpresa

son partes esenciales de lo grotesco, que en poesía es una imagen movida. El estremecimiento se apodera de nosotros con tanta fuerza porque es nuestro mundo cuya seguridad prueba ser nada más que apariencia. En el caso de lo grotesco no se trata del miedo a la muerte sino de la angustia ante la vida. Corresponde a la estructura de lo grotesco el que nos fallen las categorías de nuestra orientación en el mundo.<sup>6</sup>

Pero ¿quién produce nuestra enajenación del mundo, quién se anuncia sobre ese trasfondo amenazante? ¿Estamos ahora llegando al más profundo abismo en que se sume el estremecimiento ante la realidad convertida en un infierno posmoderno?

Para que estas preguntas no queden sin respuesta, necesitamos tomar posición respecto al tipo de hermenéutica que propone Mauricio Beuchot (no importa si es a favor o en contra), ya que como él mismo dice, lo principal es conservar el espíritu de la misma:

En los momentos actuales de nuestra historia es cuando más se necesita un espíritu analógico, que vaya más allá de la letra, pero que conserve el espíritu de la misma, que no niegue por completo la literalidad, que no la traicione. Ahora que se busca tanto el pluralismo, cultural, político, filosófico, es cuando más se impone una actitud analogista, que ayude a ver lo más difícil del pluralismo y de los pluralismos, sus límites, sus aristas [...] Para poder encarnar ese pensamiento analógico hace falta la intersección o interacción cultural, de diversos juegos de lenguaje y de diversos modos de vida. Hay que hacerse mestizo, participar y compartir con los demás, sintetizar lo valioso y potenciarlo hacia más allá.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Wolfgang Kayser, *Lo grotesco*, Buenos Aires, Nova, 1964, pp. 218-219.

<sup>7</sup> M. Beuchot, *op. cit.*, p. 288.

tará las prevenciones y desconfianzas que hoy tienen muchos respecto de ella. Es, además, una metafísica que respetará la polisemia del ser, su analogicidad, y que dará cabida a varias opciones de visualización del ser mismo. Deja de ser una metafísica pura y abstracta para ser una metafísica en la que hay cabida para la interpretación por parte del hombre, según el contexto histórico de su contingencialidad. Es, asimismo, una metafísica dialógica, con un diálogo que se da no sólo entre los individuos de una cultura, sino entre culturas diferentes. La misma hermenéutica está propiciando últimamente un giro ontológico en la filosofía.

García González presenta la metafísica como interpretación del ser, lo cual implica el punto de partida en el lenguaje y la aceptación de la historicidad. Es cuando da cabida a una hermenéutica analógica, fiel compañera de una metafísica analógica. Ella ha captado la esencia de la analogía dentro del acto metafísico, acto sapiencial, que es ordenar conceptualmente la realidad, reducirla a unidad, a una unidad relativa pero suficiente. Todo esto tiene mucho que ver con la *phrónesis*, aledaña de la sabiduría. La *phrónesis*, nos dice, tiene mucho que ver con la analogía. Yo considero que la *phrónesis* no es sino la analogía aplicada al ámbito del conocimiento práctico. Creo que ella está en lo correcto al considerar la *phrónesis* como la virtud hermenéutica. Ese ámbito analógico de la *phrónesis* es el que dará la mediación tensional entre el universalismo y el particularismo, como de hecho ya lo ha visto Alessandro Ferrara. Veo además, en esta línea de la filosofía práctica, un mérito de la Mtra. Dora E. García González, que es el conectar la analogía, en forma de *phrónesis*, con el juicio reflexivo o reflexionante de Kant. Creo que eso será muy fructífero para la filosofía moral y política, que toma tanto en cuenta a Kant, por ejemplo en el caso de John Rawls y Javier Muguerza.

#### A Samuel Arriarán

Es en verdad muy interesante y sugerente la recuperación que propone Samuel Arriarán del barroco como paradigma de simbolicidad

y analogicidad. Algo en lo que también atina es al decir que el emblematismo es uno de los mejores ejemplos de simbolicidad y analogicidad. Señala muy bien que es la época del mestizaje, que debe tener estrechas vinculaciones con esa inter-penetración cultural entre símbolos hispanos e indígenas. Y se hizo mestizaje a muchos niveles: étnico y cultural, teológico y artístico, intelectual y emocional, imaginativo y discursivo, entre la religión cristiana y la indígena, entre metáfora y metonimia. Todo ello por virtud de la utilización de la analogía.

Arriarán me cuestiona que yo acentúo demasiado los aspectos formales, como las demostraciones, deducciones y semejanzas (lo metonímico), en vez de los contenidos y las diferencias (lo metafórico). Me parece que hay que lograr un equilibrio entre ambas cosas. Pero en la analogía predomina la diferencia sobre la semejanza, por eso admito que tiene que preferirse la metáfora a la metonimia, los contenidos por encima de los formalismos. Lo que deseo es evitar que se pierda todo lo formal, como parece haber ocurrido en la actualidad. Una hermenéutica analógica tiene que resaltar las diferencias y lo metafórico sin perder las semejanzas y lo metonímico.

Al igual que Alcalá, Arriarán ve el peligro de que mi hermenéutica analógica se acerque demasiado a la racionalidad lógica y tecnológica, como una racionalidad "mala"; me parece que no es del todo "mala", y que hay que recuperar lo que tenga de aprovechable para llevar adelante el simbolismo y la analogicidad. Una parte de la analogía es lo que se pueda alcanzar de univocidad. El mismo Arriarán se acerca a mi postura cuando dice que no hay que renunciar ni al universalismo ni al particularismo, que es un falso dilema. Hay que llegar a una racionalidad analógica, es cierto, no solamente fundada en el intelecto y la razón, sino también en la emoción; pero hay que hacer que la razón lleve el mando, si es que todavía hemos de llamarla "racionalidad", por liberada que esté de la opresión de positivismos y científicismos.

También es cierto que América Latina necesita revivir esa conciencia barroca de mestizaje. Más aún, todo el mundo lo necesita,

pues en todas partes se da mestizaje cultural, desde el momento en que se están perdiendo las culturas puras. En el caso latinoamericano, es cierto que su aceptación conducirá a superar la crisis de identidad. Toda mezcla lleva a un tercero distinto de los dos componentes anteriores, y eso produce crisis al principio. La racionalidad simbólico-analógica es la que podrá hacer ver esto a la conciencia de Latinoamérica. Vivir la metafóricidad, que es condición del mestizaje, la analogicidad de la simbolización que se ha realizado. Arriarán señala que algunos teóricos del arte han puesto el barroco como algo grotesco, monstruoso o siniestro. Las cosas son siniestras cuando no se reduce su alteridad a la identidad, cuando la misma identidad no está bien construida (la misma identidad es siniestra a ratos). Y la alteridad sólo puede ser reducida (un poco) a la identidad por la analogía, esto es, no completamente y de modo unívoco.

#### A Patricia Patiño

Está en lo cierto Patricia Patiño al decir que la realidad es simbólica, pues así lo es para el hombre, y por ello tiene posibilidad de polisemia, lo cual precisa interpretación. Para evitar el equivocismo recomienda no apartarse demasiado de la realidad que se interpreta, y evitando el relativismo tan excesivo al que invita la posmodernidad. La hermenéutica nos ayuda a entender lo que no nos es común simpatizando con él, nos ayuda a interpretar lo extraño, lo diferente, sea individual o cultural. De esta manera permite el diálogo, el consenso y la posibilidad de decidir sobre un problema.

Patiño Bahena señala que tomo como sinónimos *ontología* y *metafísica*. Es verdad, lo hago en la tradición escolástica y de la filosofía analítica. Otros autores las distinguen, como Vattimo y Dussel, cada uno de diferente manera. Tal vez distinguirlas conllevaría resultados muy diferentes en hermenéutica. Lo problemático es que cada quien ofrece distintas versiones de tal distinción, y le asigna distintas razones, a veces diametralmente opuestas. Por ejemplo —según ella misma lo señala—, para Vattimo, en seguimiento